



Juan de la Cueva

# **La Muracinda**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan de la Cueva

## La Muracinda

La horrible empresa, el espantable efecto  
de la sangrienta Alecto administrado,  
canto, de los dos bandos encontrados:  
el uno de los gatos infieles  
y el otro de los perros animosos 5  
y leales, y cómo fueron muertos  
y vengados los gatos de su ofensa  
de haber muerto a la gata Muracinda.

Oh musa, a quien le toca este cuidado  
no te desdeñes del sujeto humilde, 10  
pues ya cantó de ranas y ratones  
el smírneo poeta, y la sagrada  
lira de Mantua, en números divinos  
nos dejó la memoria de un moxquito.

Tú (oh celeste Can) que entre los astros 15  
tienes tu asiento, envía tu socorro  
en favor de tus canes, que la Muerte  
los tiene condenados a que mueran,  
por el orden fatal que iré contando.

Tomares, es un agradable pueblo 20  
principio del riquísimo Ajarafe  
puesto en la altura de una ecelsa cumbre,  
famoso por los frutos de que abunda  
y por su ilustre fuente esclarecido.

Este fértil lugar de Baco y Palas 25  
por la parte del Euro que le espira  
y la Aurora le da la luz primera,  
mira a la sacra Hispalis y al Betis  
cómo ciñe la vega de Triana,  
fértil de vides y árboles frutales; 30  
de aquí se ve, volviendo el rostro al Bóreas  
de la rica Triana el llano asiento,  
do está el Tribunal sacro que defiende  
la verdadera fe contra Lutero;  
desde aquí, atravesando el pueblo ilustre, 35  
que dos millas está nuestro Tomares,  
donde esta historia su principio tuvo,

que fue éste su origen verdadero:

En los tiempos pasados tuvo un cura  
de gran doctrina y de virtud ejemplo, 40  
que a todo aquel lugar administraba  
los divinos oficios, enseñando  
las cosas de la Fe a la rudeza  
del vulgo agreste que tenía a su cargo.

Un día sucedió, que entró en su casa 45  
cuando el Sol puesto en su mayor altura,  
hería la tierra con derechos rayos;  
ocupó el padre cura, silla y mesa,  
bastecida de frutas y viandas  
con moderada cantidad en todo, 50  
que la mesa templada desta suerte  
huye con menosprecio, y abandona  
la gulosa abundancia, que promete  
dar de comer a cien epicúreos  
y osa a Fabricio convidar en ella; 55  
prosiguió su comida, y tomó un hueso  
(en que el Hado encerró la dura muerte  
que lo había de ser de tantas vidas)  
y echóselo a la gata Muracinda  
a quien él regalaba con extremo. 60

Desto se ofendió mucho Tribugena,  
una podenca dél tenida en mucho  
porque en su ministerio era ecelente;  
gimió entre sí, dudando qué haría,  
con mil bascas airada, vacilando, 65  
dio tres aullidos y escarbó la tierra  
de la ira instigada en que vía arderse;  
temiendo al cura estaba suspendida,  
viendo el agravio, ardía en furor y rabia.  
Al fin rompió el enojo la templanza; 70  
sin poder más de sí, dejó las dudas  
que tan perpleja la tenían dudando,  
llena de horror sin recelar ya nada  
llegó a la gata, acometió a quitalle  
por fuerza el hueso; ella lo defiende 75  
con boca y manos, erizado el pelo.

Tribugena en quitárselo porfía,  
y ambos asidos dél, la Muracinda  
largó la presa y aprestó las uñas  
aferrando la cara a la podenca, 80  
que toda se la aró de un cabo a otro  
que le obligó a dejar el factal hueso;  
sentida del dolor y del agravio,  
de los lomos le hizo fuerte presa

saleándola a una y otra parte 85  
sin largalla jamás de entre sus dientes,  
rindió el vital espíritu a la Muerte.

Cuando el cura su gata vido muerta  
desvía la silla y la mesa arroja,  
dando crecidas voces sin concierto 90  
maldiciendo la perra y quien la trujo  
a su poder. Echando por los ojos  
fuego, de la congoja y el enojo,  
arremetió con ella, y con un cabo  
de una hacha, le dio inhumanos golpes, 95  
que la tendió en el suelo, echando sangre  
por la boca, los ojos, y narices;  
y queriendo acabar con ella, un lazo  
corredizo le puso a la garganta,  
mandando a dos criados, que en comiendo 100  
la llevasen al campo y la ahorcasen.  
Amarróla a una reja que tenía  
en el zaguán, y vuelve a ver su gata,  
que cercada de gatas y de gatos  
estaba, que Mardux, un gato amigo 105  
como la vido muerta, en los tejados  
se subió maullando y dando aviso  
del desastrado fin de Muracinda.

Al lloroso maullar, por los tejados,  
por las calles, las puertas, y ventanas, 110  
por las bardas, vallados y portillos  
acudió tanto número de deudos,  
conocidos, amigos, y obligados,  
sin que en el pueblo y toda su comarca  
quedase por venir un solo gato, 115  
que llenaron la casa de alto a bajo.

Un gato que servía a un hortelano,  
llamado Tusicol, de mucha fama,  
que había hecho muchos desafíos  
y muerto muchos gatos en campaña, 120  
era un gato montés, de grande cuerpo,  
de cervix gruesa, y de tendidos pechos,  
de fuertes brazos, y leoninas garras,  
llegó airado con feroz denuedo,  
alta la cola y erizado el pelo; 125  
los ojos, que del caxco le saltaban,  
un grueso troncho de una llanta al hombro  
con tres o cuatro clavos a la punta  
queriendo así imitar la hercúlea clava,  
cubierto el cuerpo de la piel de un perro 130  
(que su amo ahorcó de una higuera)

cual de la piel nemea el gran tebano,  
diciendo que por éstas sus insignias  
habían de conocello como Alcides  
por las suyas, pues le era igual en hechos. 135

Muchos reían de la insignia loca,  
otros, de temor dél, se la aprobaban,  
que la fuerza tiránica compele  
a hacer voluntades a su gusto.

Lo primero, en llegando, miró al cura 140  
haciéndole una grande cortesía  
y sin aguardar más, se puso en medio  
del concurso de todos, enclavando  
los ojos en la muerta, aulló dos veces  
que a todos hizo estremecer de miedo, 145  
y más cuando esta voz dellos fue oída:

«¿Dónde puedes estar, oh Muracinda,  
que no te pueda yo volver al Mundo  
sin que el trabajo ni el temor me rinda  
ni cuantas fuerzas hay en el profundo? 150  
Si estás allá, verás cómo deslinda  
mi brazo, que desvuelta al Sol jocundo,  
que, por la Estigie y sus ardientes fuegos  
te sacaré, sin música ni ruegos.»

Prosiguiera adelante en sus razones 155  
Tusicol, si un clamor no le estorbara  
que entre todos los gatos y las gatas  
se levantó, pidiéndole que un riesgo  
tan notorio evitase a su persona.  
Sosegóse el escándalo, sentóse 160  
entre todos, bajando el grueso troncho.

El rumor que había oído Capirote,  
el perro perdiguero del vecino,  
lo llevó a la casa conocida  
de donde conoció que había salido; 165  
entró, y en el zaguán halló amarrada  
a Tribugena, en sangre y tierra envuelta;  
levantó el pelo en alto de horror lleno;  
gimiendo amargamente le pregunta:

«¡Querida mía! ¡Tribugena mía! 170  
¿Qué es esto? ¿Quién te ha puesto desta suerte?  
¿Quién ha tenido manos ni osadía?  
¿Quién si te conoció pudo ofenderte?  
Dime, ¿qué es esto? Que el pavor me enfría  
la sangre de las venas y la muerte 175  
está conmigo ya. ¿Por qué difieres  
de contarme tu mal? o, ¿de qué mueres?»

Levantó la cabeza Tribugena

gimiendo y basqueando con su daño  
y esta razón, envuelta en tristes ansias, 180  
dejó salir de la sangrienta boca:

«Qué quieres que te diga Capirote,  
si me ves con la sogá a la garganta,  
aguardando que tuerzan el garrote  
o me suspenda la primera planta.» 185  
«No te fatigue tanto ni alborote  
eso, que tanto con razón te espanta  
-respondió el perdiguero-, ten esfuerzo  
que tú verás como su intento tuerzo.

No es tiempo -dice- que hablemos tanto, 190  
sino acudir con presta diligencia  
a remediar tu vida y tu quebranto,  
con deshacer tan áspera sentencia.  
Libre te verás luego, deja el llanto,  
y advierte que procedas con prudencia 195  
en tu huida, y a tu tío Lautaro  
vayas, que te asegure y dé su amparo.»

Esto diciendo, con presteza coge  
la dura cuerda entre sus fuertes dientes  
y empiézala a roer con tal instancia 200  
que la tronchó, y el lazo aflojó luego  
dejando la garganta que apretaba.

Libre de su congoja Tribugena,  
guiándola su amigo Capirote,  
dejan la casa y toman el camino 205  
de Sevilla, do espera su seguro.

El perdiguero, habiéndola dejado  
en Triana, que ya quedaba en salvo,  
subió la cuesta y torció el camino  
escondiéndose siempre por las viñas 210  
y yermos eriazos encubiertos,  
porque nadie pudiese dar noticia  
que lo vio en el camino y fuese indicio  
para que se aclarase su secreto,  
en que fue tal su arte y tal su astucia 215  
que de nadie entendido entró en su casa,  
que parece que le iban ayudando  
todas las cosas a su buena obra.

Habiendo los dos mozos satisfecho  
con Baco y Ceres su enojosa hambre, 220  
contentos sus estómagos, dejaron  
la mesa, y a cumplir la letal suerte  
que les mandó su amo en Tribugena  
salieron, y llegaron a la reja  
donde su amo la dejó amarrada; 225

hallan el lazo roto, sin la perra,  
admíranse y no saben qué hacerse,  
quedándose mirando el uno al otro;  
pavorosos del caso, dieron voces  
llamando a su señor a grande priesa, 230  
que no con menos diligencia vino,  
y viendo la ocasión a que lo llaman  
de furor lleno, así habló con ellos:

«Decí, desmesurados, ¿no os afrenta  
que lo que encomendé a vuestro cuidado 235  
con tal descuido y con tan poca cuenta  
lo hayáis con menosprecio mío olvidado?  
¿Qué hombre habrá que desto no se sienta?  
¿Qué hombre habrá que evite el ser vengado?  
¿Qué prudencia hay que temple un justo enojo? 240  
¿Qué razones de un blando desenojo?

Quiero enfrenar la cólora, y dejaros,  
que no faltará tiempo ni ocasiones,  
pues me dais tantas que podré pagaros  
con obras, como ahora con razones; 245  
id por todo el lugar, sin ocuparos  
en más que en dar alivio a mis pasiones,  
con buscarme, y traerme aquí arrastrando  
aquella infernal perra que os demando.»

No dijo más, y vuelve las espaldas, 250  
llevado de su enojo, a su aposento;  
los criados tomaron el camino  
a cumplir lo que el amo les mandaba.

Oyendo estaba este despacho Nusco,  
un admirable gato que tenía 255  
vividos más de cuatrocientos años  
con aromas y cosas preparadas  
ocultas a los hombres, que él sabía  
de los celestes astros e influencias.

Este, viendo el escándalo que daba 260  
la fuga de la perra, en medio puesto  
de los llorosos gatos, así dice,  
en Tusicol los ojos enclavando:

«Toda la admiración que así os altera,  
el escándalo ciego que os conturba, 265  
corregid, y los ánimos quietaldos  
lanzando el miedo si en alguno reina.  
La perra que huyó, que tanto aflige  
al señor de la casa, y a vosotros,  
está en Sevilla, convocando perros, 270  
con favor de Lautaro, un tío suyo,  
que cruda guerra nos promete a todos.»

Levantóse un clamor entre los gatos,  
que no se oía razón, diciendo que ellos,  
siendo en cuerpos y fuerzas desiguales 275  
con los perros, pues uno solo dellos  
a cuatro gatos los haría pedazos;  
otros de mejor ánimo pedían  
la guerra a voces; otros toman armas  
y se salen al campo; otros sosiegan 280  
el confuso alboroto con decilles  
que ellos no saben más de lo que Nusco  
dijo: que despachasen una espía  
o al mismo Nusco, y con acuerdo en esto,  
Tusicol, puesto en pie, a Nusco dice: 285  
«Esta empresa a ti solo es a quien llama,  
que nadie sino tú puede emprendella;  
acude a tu gloriosa y clara fama  
que nos ilustra el vivo esplendor della.  
Mira el temor que en todos se derrama 290  
y antes de ver la guerra veo temella;  
por eso, amigo, ve, y de ti entendamos  
qué es esto, qué hay en esto, o, qué esperamos.»

Puso fin Tusicol a sus razones,  
y Nusco, al punto en una nube envuelto 295  
se metió en un revuelto remolino,  
de la vista de todos desviándose,  
que no los dejó poco pavorosos.

Llenos de frío temor quedaron todos,  
del horrible espectáculo tremiendo 300  
de ver a Nusco ir midiendo el aire  
y aguardar el suceso de la guerra  
que les había declarado a todos,  
trayendo a la memoria aquel desastre  
antiguo, do murieron tantos gatos 305  
yendo a aquella conquista desdichada.

Dice Panusco, escritor de pauta,  
(de novecientos años a esta parte  
corriendo del Era de Bambino)  
que hubo un gato real en estas partes, 310  
de grande esfuerzo, y de mayores hechos;  
fue toda su privanza un gato armenio,  
que supo más que el sabio Zoroastes  
en los secretos de la oculta mágica,  
y que también Demócrito sabía 315  
todas las maravillas que dél cuentan  
de un libro que dejó en su lengua escrito,  
y que se la enseñó una gata vieja  
en cinco años que le oyó lecciones.



Dicen, que estando un día los dos solos, 320  
el rey le preguntó al gato armenio  
le dijese si el reino de los simios  
podía su potencia conquistallo;  
y que le dio el armenio por respuesta  
que suyo lo vería en breve tiempo, 325  
y al rey Monululi, vasallo suyo.

Esto le encendió el ánimo sediento  
de guerras, y sin más difirir punto,  
tocó cajas, enarboló banderas,  
señaló oficiales y ministros, 330  
pregonando la guerra a sangre y fuego  
contra los simios, descuidados desto.  
Juntó la más florida soldadesca  
que jamás en el mundo se vio junta,  
pagada por dos años, desde el día 335  
que la flota a la vela se hiciese,  
Aderezó gran suma de bajeles  
que al mar debajo lo tenían sujeto;  
cargáronlos de jarcia y municiones  
con variedad de todas vituallas 340  
y bastimentos para muchos días.

Aderezado todo, el rey dio a Gonco  
de general de la aprestada flota  
la conduta, que usando al punto della  
levar anclas mandó, largar escotas, 345  
tender al viento las cogidas velas  
que un fresco cierzo las levantó luego.  
Dejaron las riberas conocidas  
y por el ancho reino de Anfitrite  
con proas herradas las cerúleas ondas 350  
rompiendo, las cubrían de blanca espuma;  
navegaron dos lunas sin ver tierra  
y al cabo descubrieron a Gambico,  
a Gonguz, Manitaya, Cayolinga,  
fértil de cañashejas y algarrobas, 355  
que parecían un alto promontorio.  
Viraron a la diestra, y dieron fondo  
en Vayaco, do son los simios verdes,  
con lana que le arrastra por el suelo.

De aquí, torcieron el timón a Lula, 360  
huyendo de un hedor de escarabajos  
de que infestados se morían los simios;  
rayendo tus arenas, Bolicoya,  
entre tus altos chopos escondida,  
pasó la fuerte armada, y tú, Oliminda, 365  
desde tus altas cumbres la mirabas.

Por entre Blinda y Sirna dieron vista  
a Nirva, copiosísima de hongos,  
tan grandes como está la luna llena,  
que en ella menguan, y en menguante crecen. 370

Todas estas provincias conquistaron  
con gran valor los animosos gatos.  
Llegaron a Cocumba, donde el llado  
les guardaba su fin; aquí se dijo  
que era Cocumba el Leteo de gatos. 375  
Tiene Cocumba, que la cerca en torno,  
un fértil prado de agradable vista  
todo de espesos árboles compuesto,  
y una peña de cuatro rodeada  
que defienden al sol que no caliente 380  
una fuente de vino que corría  
por el prado, los árboles regando.

Los gatos, conociendo el fértil puesto  
hicieron alto, basteciendo mesas  
de viandas y vasos del copioso 385  
vino, a que todos luego se aplicaron  
con libre destemplanza, de tal modo  
que iban cayendo todos, uno a uno,  
sin que quedase gato en todo el campo  
a quien el vino no rindió y el sueño. 390

Los simios, todos puestos en celada,  
viendo que no podían resistillos,  
salieron de repente dando en ellos,  
y fue con tal hervor y tal fiereza  
que a pocas vueltas, no dejaron gato 395  
que no fuese despojos de la Muerte.

Desto hacían memoria algunos gatos,  
y lloraban con tierno sentimiento  
de la presente guerra, que escuchando  
estaba Nusco entre los perros puesto, 400  
en su nube revuelto sin ser visto;  
vía la multitud que se juntaba  
en el cerro que ciñe el matadero  
que llaman vulgarmente el Terremoto.

En esta altura puesto el gran Lautaro 405  
aulló tres veces, y ladró otras tantas;  
gimió, escarbó la tierra, miró al cielo  
(que el cuidado es estímulo pungiente  
y da poco sosiego donde asiste,  
cual en Lautaro la ocasión sangrienta), 410  
y dejando salir la voz horrible,  
así habló con denodado aspecto:

«No es tiempo ya que punto difiramos

la ejecución de la venganza nuestra,  
oh leales amigos, si estimamos 415  
el claro honor, que en vos su esplendor muestra.

Este rostro de sangre que miramos  
de mi sobrina, a todos nos adiestra  
a quitar tantas vidas cuantas gotas  
han dejado salir sus venas rotas. 420

Un agravio de honor no se perdona  
ni satisface sin letal castigo,  
éste pide mi ofensa, éste baldona  
mi nombre, en que esté vivo mi enemigo;  
la guerra a voces mi furor pregona, 425  
la guerra acabe el justo fin que sigo;  
ea, amigos, al arma, al arma mueran,  
que ésta ha de ser la redención que esperan.

Vamos, y nuestro campo alojaremos  
en Guadaira, y cuando esté dispuesto, 430  
y todo junto, el orden tomaremos  
que más convenga que se haga en esto;  
síguenme todos, vamos, ocupemos  
aquel ameno y deleitoso puesto,  
de donde ha de salir la fiera muerte 435  
a los que nos provocan desta suerte.»

Levantó en alto la enroscada cola;  
todos al mismo punto lo imitaron  
con un clamor horrible, de la suerte  
que los fieros Gigantes cuando andaban 440  
en su mayor ardor contra el gran Jove,  
de su asiento los montes arrancando,  
y con ellos hiriendo el alto cielo.

Dejándose bajar del cerro al llano  
pasan el fértil llano del glorioso 445  
San Sebastián; dejándolo a la diestra  
entran en la dehesa de Tablada,  
tan abundante en pasto, que sustenta  
cien mil reses, y más, en todo tiempo.  
En su demanda, los valientes canes 450  
llegan a Guadaira y por sus llanos  
y espaciosa ribera se alojaron.

En su revuelta nube estaba Nusco,  
mirando todo lo que había pasado,  
maravillado del furor y rabia 455  
en que todos estaban encendidos,  
tan conformes al gusto de Lautaro.  
Levantó su vapor, dándole aliento  
un blando soplo que lo puso en medio  
de los amigos, y dejando verse, 460

con tal razón propone su embajada:

«Obedeciendo el justo acuerdo vuestro,  
oh valientes guerreros, vengo a daros  
cuenta de lo que vi al contrario nuestro  
que al can trifauce jura de acabaros; 465  
a sola su arrogancia y brazo diestro  
remite el destruiros y asolaros  
Lautaro, sin pensar que hay otra suerte  
más poderosa que su brazo fuerte.

Allí tiene consigo a Tribugena, 470  
mostrándoles a todos las heridas  
que le dio el cura, a quien también condena  
con los demás que han de perder las vidas.  
Resuelto en esto, en la ribera amena  
de Guadaira, tiene recogidas 475  
sus fuerzas, con mil fuertes compañeros  
con que os piensa asaltar y deshaceros.»

Levantóse un clamor tan espantable  
a la postrer razón que a Nusco oyeron  
que en grande espacio no se oyó otra cosa 480  
que llorosos maullidos y confusos  
llantos, que el aire suspendía con ellos,  
cual en la gran Cartago el postrer día  
que dio el severo cónsul por respuesta  
que la ciudad le diesen, para dalla 485  
al fuego, que encendiéndose en clamores,  
desesperados de ningún remedio,  
a las armas los llantos remitieron  
Así los gatos, viéndose perdidos  
y amenazados, cual les dijo Nusco, 490  
dejaron el lloroso sentimiento  
y al rabioso furor se entregaron todos  
tomando armas, demandando a voces  
que abuscar fuesen luego a su enemigo.  
Tusicol, viendo el súbito alboroto 495  
puesto en medio, esta plática les hace:

«Amigos míos, ese ardor y saña  
no importa ahora, sino ver primero  
quién nos da su favor, o quién nos daña,  
qué nos promete o niega el justo agüero. 500  
Estar nuestro enemigo en la campaña,  
amenazarnos el desnudo acero  
de poco sirve, si la suerte nuestra  
nos asegura con fortuna diestra.

Désta nos has de dar, Nusco ecelente, 505  
verdadera noticia, consultando  
con aquella deidad que te consiente

que rostro a rostro, tú le estés hablando.  
Esto ha de ser con priesa diligente,  
pues ves el riesgo que nos va apretando, 510  
y por tu voz nos sea revelada  
la salud, de ti solo confiada.»

Nusco, sin replicar, se puso en medio  
del conmovido pueblo, y miró a Oriente  
con sesga vista y con semblante fijo; 515  
esto hizo tres veces, y a la última  
en el suelo tendió el anciano cuerpo;  
volviese a levantar, arañó el suelo  
y en los mismos arañes rechinase;  
gimió, y dando un maullido se levanta, 520  
y comenzó la tierra a estremecerse,  
con no poco terror de los presentes;  
desquebrajóse aquella sola parte  
donde Nusco hincó las corvas uñas,  
abrió una boca, y della salió un gato 525  
de grande cuerpo y espantable aspecto,  
la piel negra, los ojos relucientes,  
que dos ascuas de fuego parecían;  
púsose en pie, maullando con voz ronca,  
deste modo habló generalmente: 530

«Venceréis, morirán vuestros contrarios  
si el consejo seguís de una raposa,  
no deis en esto pareceres varios  
que no falta la suerte gloriosa.»

Tres veces los miró con eficacia 535  
y otras tantas volvió a mirar la tierra;  
dio un gran maullido, enclavijó las manos,  
y por donde salió dejó calarse  
juntándose la tierra dividida.

Quedaron todos del estraño caso 540  
llenos de admiración y pavorosos,  
suspensos, con turbado encogimiento,  
mirándose los unos a los otros  
sin color ni semblantes de estar vivos.

Este silencio les rompió Murina, 545  
gata noble, querida de Lugato,  
que del frío temor le dio un desmayo  
que la derribó en tierra amortecida.

Movió del mismo espanto Murilega  
tres hijos, parecidos a su padre 550  
Brusco, de ruedas negras en piel parda,

A ti, oh grave Lisco, te alcanzara  
mayor parte, si Nusco no acudiera  
a tu querida hija Galatina

viéndola desmayar, con una poma 555  
de aromas de Pancaya, que la tuvo  
en su entero valor y todo esfuerzo,  
corrigiendo la fuerza del desmayo  
con que se fue, huyendo aquel peligro,  
que visto por Birlonco en el que estaban, 560  
y el desmayo que a todos descaecía,  
vibrando un asta de acerada punta,  
puesto en medio de todos, dice a todos:

«¿Qué es esto? ¿En todos hay tanta flaqueza  
que os amedriente un gato de esa suerte? 565  
Oh amigos, ¿dónde está la fortaleza  
con que menospreciábades la muerte?  
¿No oísteis el seguro y la certeza  
que os dio?: que venceréis el bando fuerte  
del enemigo, si al acuerdo diestro 570  
de una raposa remitís el vuestro.

Esto en voz clara lo espresó, y le oísteis  
que dejéis de seguir acuerdos varios,  
que no temáis la suerte que temistes,  
que condena a morir vuestros contrarios. 575  
Dejad pues el temor y el estar tristes,  
seguídme, y mueran nuestros adversarios,  
pues claramente nos revela el cielo  
nuestra vitoria y su lloroso duelo.

Mi fuerte brazo os asegura el hecho, 580  
no dudéis, ni os encoja el torpe miedo,  
tomad las armas, defendé el derecho  
de las vidas y honor que yo os concedo.  
Ea, leones, dad el satisfecho  
de vos, y de mí entiendan lo que puedo, 585  
que este brazo es cuchillo de la muerte  
que asolará del mundo lo más fuerte.»

Cansado Tusicol de oír las vanas  
y soberbias razones de Birlonco,  
empuñado a su troncho en pie se puso 590  
demudado el color, con feroz cuño  
acercándose a él, así le dice:

«¿No entiendes que hay aquí tan buenas manos  
como las tuyas? Y a decir mejores  
no me alargara con desgarros vanos, 595  
como los tuyos son de habladores.»

«Ponte a ti esos títulos livianos  
que usurpas de los dioses los honores»,  
-Birlonco respondió-, y terció su lanza.  
Tusicol fue sobre él con gran pujanza. 600

Cual llenos de furor dos fuertes toros

criados en las yermas soledades  
del carrizal, furiosos se arremeten  
el uno contra el otro procurando  
quitalle a su enemigo la vitoria, 605  
así Birlonco y Tusicol valiente,  
el uno contra el otro se embistieron  
con golpes y lanzadas rigurosas;  
ajustáronse el uno contra el otro  
en proporción, midiendo la distancia, 610  
y Birlonco le dio un bote en los pechos  
a Tusicol, que le pasó al soslayo  
porque se perfiló en el movimiento;  
al mismo tiempo, Tusicol descarga  
un golpe sobre el hombro de Birlonco 615  
que le arrancó la lanza de la mano  
y sin sentido lo tendió en el suelo  
regándolo de roja sangre y huesos.

Indináronse todos de tal suerte  
que contra Tusicol vuelven las armas, 620  
y él contra todos con su grueso troncho  
los desviaba, y unos sobre otros  
iban cayendo sin poder valerse.

Lanisco quiso con veloz presteza  
gozar del regulado movimiento 625  
y ganalle la maza en levantando;  
mas Tusicol, desgraduando un paso,  
le dio entre las dos cejas, que los ojos  
de su lugar al punto se cayeron  
y el cuerpo se tendió en el duro suelo; 630  
tres veces dijo ¡lam!, cuando espiraba;  
«vaya contigo ¡lam!, que no te entiendo  
o quede con tus deudos a vengarte»,  
dijo el valiente Tusicol burlando.

El atrevido Escaramujo, viendo 635  
la muerte de Lanisco, su pariente,  
tomó del suelo una rolliza piedra  
y puesto cara a cara, se la tira;  
Tusicol la recoge, de la suerte  
que el diestro jugador de la pelota, 640  
y atrás volviendo el vigoroso brazo  
se la volvió a tirar con más pujanza  
y en mitad de la boca se la encaja,  
que al punto las quijadas, hechas piezas,  
dientes, muelas, y ojos, y él, cayeron. 645

Aquí llegó el Furor, libres las manos  
del acerado nudo, que en el templo,  
en tiempo de la paz le tuvo atado,

y en el revuelto campo se abalanza  
con su mortal deseo de que acabe; 650  
mas Nusco, de los astros inspirado,  
que la fatal raposa se acercaba,  
quiso dar fin al áspero combate  
que Tusicol lo dio, con dar la vida  
cayendo entre los pies de sus contrarios 655  
a la Muerte entregada su braveza,  
hecho pedazos todo de heridas.

Los gatos, viendo muerto a su enemigo  
Tusicol, arrastrándolo lo llevan  
y con dientes, con uñas, y con armas 660  
menudas piezas lo hicieron todo,  
por el campo esparciendo los pedazos.

Habiendo dado a su furor sosiego  
con la debida muerte a su enemigo,  
todos los gatos, en alegres danzas 665  
se juntaron, el orden aguardando  
de la sangrienta guerra que esperaban.

Estando desta suerte, un estupendo  
trueno se oyó de donde viene el día  
y respondió en el último occidente, 670  
que era de donde por el aire vino  
la raposa; y en medio dellos puesta  
con rostro alegre, esta razón pronuncia:

«Llegado ha el tiempo, en que veréis cumplido  
cuanto se os prometió, sin faltar cosa, 675  
vuestro enemigo muerto y destruido,  
y por vos, la vitoria rigurosa;  
conviene al punto ser aquí traído  
el cuero muracindo, y en la airosa  
punta desta mi lanza lo clavemos, 680  
y por insignia y por guión llevemos.

El cuerpo sin la piel, meté en la tierra,  
que le sirva de honrada sepultura,  
y cuando deis la vuelta de la guerra  
dad a la humilde huesa más altura; 685  
y porque el claro sol su luz encierra,  
dando lugar a la tiniebla oscura  
que cobije las plantas y animales,  
en silencio dejando los mortales.

En este punto, habemos de ir siguiendo, 690  
de la tiniebla oscura rodeados,  
a Nusco, que una luz llevará ardiendo  
que os será norte para ser guiados.  
Las armas todos id aperciendo,  
que ya de la ocasión os veis llamados, 695



y cuando en ella estéis, invocá el nombre  
de Cogolula, que al contrario asombre.»

Así habló la prodigiosa zorra,  
y todos muy alegres acudieron  
a prevenir las cosas importantes. 700  
Quitáronle la piel a Muracinda,  
pusieronla en la punta de la lanza,  
dieron el desollado cuerpo al hoyo  
que de la propia tierra fue cubierto  
levantando las márgenes en alto; 705  
juntaron cuanto convenía al viaje  
con hervorosa y diligente priesa,  
porque ya el carro del luciente Día  
a bañarse en Tartesio declinaba,  
y luego que la luz faltase al mundo, 710  
habían de ponerse en el camino  
que Nusco estaba lineando a priesa  
con una vara, en que tenía revuelta  
una horrible culebra verdinegra  
de ardientes ojos y vibrantes lenguas. 715

Ya a este punto, con oscura sombra  
la fría Noche acompañando el Sueño,  
cercada de humidades cubría el mundo,  
a las cosas poniendo nuevas formas;  
largó Nusco la vara, y la culebra, 720  
dando silbos, el cuello levantado,  
vibrando sus tres lenguas, fue arrastrándose  
por el camino en que se puso Nusco  
que había de ser por donde fuesen todos,  
que viéndolos dispuestos al efeto, 725  
prevenidos de todo, así les habla:

«Con gran silencio mis pisadas sigan  
todos, sin desviarse un solo paso,  
que el fin veréis de aquellos que os fatigan  
antes que el sol nos deje y baje a ocaso. 730  
A creer lo que digo, en fe os obligan  
oráculos más ciertos que en Parnaso,  
que habéis oído que faltar no pueden  
o faltarán los que a la edad preceden.»

Con la razón postrera dio principio 735  
al secreto viaje el sabio Nusco  
yendo con la encendida luz delante  
que le servía al ejército de guía;  
detrás de todos iba la raposa,  
enarbolada la vibrante lanza 740  
en que iba la piel de Muracinda.

Por este orden, caminando todos,

bajaron el altura de Tomares  
y tomaron los llanos de la Vega;  
desviándose siempre de poblado 745  
llegaron a la falda del famoso  
Asnalfarache, margen del gran Betis,  
que llegando a sus húmidos cristales  
sobre la diestra mano se apartaron,  
que en pequeña distancia era el opuesto 750  
del enemigo ejército que buscan.

Entró en el Betis Nusco y salió fuera  
diciendo a los amigos congregados:

«El paso que venimos procurando  
por las líquidas ondas se os ofrece; 755  
pasar podemos sin estar dudando,  
que el líquido cristal se os endurece.  
Seguidme por do veis que os voy guiando,  
despedid el temor si os entorpece,  
que la seguridad os acompaña, 760  
y mi fe, que ni os miente ni os engaña.»

Todos, sin aguardar, se arrojan juntos  
y caminan por cima de las ondas  
como si caminaran por la tierra.

Con no menos firmeza ni seguro, 765  
instados de la priesa que llevaban,  
llegaron a las márgenes cubiertas  
de arenas de oro, y estampando en ellas,  
con alegre placer los pies y manos.

Viendo Nusco que en tierra estaban todos, 770  
fuese del Betis desviando un poco,  
y acercándose más al enemigo  
que teniéndolo ya a la vista, y cerca,  
hizo alto, y formó en orden su campo.  
Lo primero, hincaron en la tierra 775  
el asta con la piel de Muracinda  
a la vista del campo del contrario;  
y con silencio, se aprestaron todos  
aguardando la luz del nuevo día  
con algún descontento, aunque animados 780  
con las grandes promesas que traían.

En varios ejercicios se ocupaban.  
Unos, en prevenir mortales armas  
y tenellas dispuestas en sus puestos  
teniendo cierto que vendría el contrario 785  
a dar sobre ellos, luego que el Oriente  
al mundo diese los primeros rayos;  
otros hacían trincheras, levantando  
la tierra; otros, llenaban de fajina

los vacíos, de piedra y blando lodo. 790

Ellos en esto, la hermosa Aurora,  
coronada de rosas, dio principio  
en su dorado carro al claro día,  
restituyendo al mundo la belleza  
que la oscura tiniebla le usurpaba. 795

Al punto que de luz se llenó el aire,  
los canes vieron el contrario campo;  
sobresaltados del horror, ladrando,  
escavando la tierra, dando aullidos,  
a dar noticia fueron a Lautaro 800  
del caso, y el primero fue Corrusco,  
un lebrel islandés de grande estima,  
que lleno de furor, así le dice:

«Paréceme, Lautaro, que entregamos  
al descuidado sueño nuestras cosas, 805  
y cuando al enemigo procuramos  
son nuestras diligencias perezosas;  
ayer, a dura muerte condenamos  
de los gatos las fuerzas temerosas,  
mas hoy, con menosprecio nos procuran 810  
y poco de amenazas nuestras curan.

Mira un formado ejército, que viene  
buscándonos, y enfrente se te ha puesto;  
mira en qué estima y mira en qué nos tiene,  
pues nos busca y se pone por opuesto. 815  
No hay que aguardar, ni sé qué nos detiene  
en embestillos; vamos, que no es presto  
ir luego, pues su vida difirimos  
un punto desde el punto que los vimos.»

Bufó Lautaro, y dio un ladrido, horrible 820  
que a todos puso en pavoroso espanto,  
aunque indinados y de rabia llenos,  
entorno dél, al punto se pusieron  
pidiéndole que fuesen asaltados  
antes que les viniesen nuevas fuerzas. 825  
Mas Lautaro, en voz alta, así responde:

«Ir, y hacer pedazos esos gatos,  
y otros tantos diez veces, ¿qué hacemos?  
Deshacelles sus locos aparatos  
sólo con que con ira los miremos; 830  
es a nosotros propios ser ingratos  
y no darnos la gloria que debemos,  
si nos ven, que las armas levantamos  
y con tan vil canalla peleamos.

Quiéroos decir, que un hecho tan oscuro 835  
lo remitamos a la noche oscura;

no ofendamos con él el aire puro,  
ni del día la eterna hermosura.  
Apercebíos, que ante todos juro  
que esta noche ha de ser su sepultura, 840  
la diligencia y el secreto encargo,  
y en dar más advertencias no me alargo.»

Llenos de orgullo y ufanez quedaron  
dando de gozo saltos y ladridos,  
juzgando ya por suya la vitoria; 845  
y entre todos, Corrusco se la aplica  
con más seguridad y confianza,  
y queriendo mostrar su grande esfuerzo  
una cosa haciendo señalada,  
que fuese vista de uno y otro campo, 850  
a Lautaro llegó con tal demanda:

«No me parece cosa conveniente  
al honor nuestro, que el contrario tenga  
levantada bandera, y puesta enfrente  
de ti y de tu campo, la mantenga. 855  
Y así, si tu grandeza me consiente  
que arrastrándola aquí con ella venga,  
irétela a traer, y voy, no entienda  
que hay quien te la defienda y nos ofenda.»

Luego, en diciendo esto, con fiereza, 860  
precipitado de un furor rabioso,  
su camino siguió, dando ladridos  
que en el real contrario los oyeron;  
y así, se apercebieron y aguardaron  
qué podía ser, y puesto enfrente, 865  
junto al guión, con alta voz les dijo:  
«Oíd gatos, oíd, si no os ha muerto  
el temor de mi vista, que es la muerte  
para vosotros; y tened por cierto  
que ésta ha de ser vuestra segura suerte.» 870  
Nusco le respondió: «tu desconcierto  
nos ha dado ocasión a responderte:  
di que vivos estamos y te oímos,  
no muertos cual dijiste, aunque te vimos.

Hablá con más prudencia, y menos fieros, 875  
llevarás la respuesta que pidieres,  
y entiende, que hemos visto perros fieros  
y no tan insolentes cual tú eres.»  
«Gatillo, ¿contra mí muestras aceros?»  
Corrusco replicó. «Sé quién quisieres, 880  
perón», respondió Nusco, «y no hablemos  
tanto, pues ocasión y armas tenemos.»  
«Oh triste gato, ¿contra mí te muestras

con tanto brío? Pues escucha atento  
a lo que vengo, y ocupad las diestras 885  
de armas, en no dándome contento.  
Esta bandera y las insignias vuestras  
que están en ella abatiré al momento,  
porque la tengo de llevar conmigo,  
que lo manda Lautaro, y yo lo digo.» 890

Riose Nusco y dijo: «a tu demanda  
respondo. Escucha atento la respuesta:  
dile a Lautaro, que eso que te manda  
que nos digas, oímos con gran fiesta;  
que muy errado, y sin acuerdo anda 895  
en pedir la bandera que está puesta  
por blasón nuestro; y que tenga cierto  
que antes que allá la vea, estará muerto.»

«Yo tengo de llevalla si el profundo  
todo junto se pone a defendella», 900  
le respondió Corrusco, «y esto fundo  
en que es mi voluntad, y he de hacella.»  
«Tu voluntad, y la de todo el mundo,  
con su defensa puedo deshacella,  
que cuatro gatos tiene que la guardan 905  
que de diez como tú, no se acobardan.»

De oír esta razón se airó Corrusco,  
y sin responder cosa, asió del asta;  
al punto Nusco se le asió a los lomos,  
y otros tres juntos, levantando el pelo, 910  
cara a cara con él arremetieron.

El asió al uno, y los demás le asieron  
de los ojos, y luego largó al gato  
por acudir a su defensa, dando  
fuertes gemidos, sin poder valerse, 915  
que Nusco le iba abriendo por los lomos  
y los demás los ojos le arrancaban;  
y ya de todo punto estaba ciego,  
ambos ojos sacados de sus cuencas  
y todo lo demás hecho pedazos, 920  
vertiendo tanta sangre, que sin fuerzas,  
con un pesado golpe vino al suelo,  
el cuerpo, de la vida ya desierto.

Viendo Nusco sin vida a su contrario  
mandó que doce gatos lo llevasen 925  
arrastrando, y lo echasen en su campo,  
que habiendo visto el áspero suceso  
llenaban todo el aire con aullidos,  
y más cuando tan cerca lo hallaron  
tan otro del que fue, creció el ruido 930

con mayor alboroto y más escándalo.

Lautaro, porque no le enflaqueciesen a los demás los ánimos, él propio hizo hacer un hoyo y enterrallo, por quitárselo a todos de la vista, 935 y juntando a consejo, mandó a todos que se aprestasen con secreto apriesa sin que el contrario oyese un solo aullido.

Con esto, quedó todo en un profundo silencio, y luego la factal raposa, 940 viendo ya la ocasión a que venía, apartándose a solas ella y Nusco, deste modo razona sobre el caso:

«Nusco, a gran priesa el Hado me espolea que vaya a dar principio a la vitoria 945 de nuestros gatos, y que el mundo vea el triunfo suyo de inmortal memoria; dispón, cual ya te he dicho, a la pelea a todos, y asegúrales la gloria de la batalla, y con esto, amigo, 950 vete, que yo la suerte factal sigo.»

Diéronse entrambos un estrecho abrazo; Nusco se fue al ejército, y la zorra el camino derecho de Tablada entró por él, ufana de contento 955 de ver tan agradable y fértil sitio, donde tan grande número de reses cual vía que por él se apacentaba, que, admirada, iba a trechos deteniéndose, sin saber a cuál fuese a dalle cuenta 960 del negocio importante a que venía. Yendo así, llegó junto a donde estaba un novillo paciendo, al cual pregunta:

«Dime, así tengas favorable al cielo, gallarda y bella res: ¿a quién respeta 965 todo el ganado deste fértil suelo? o, ¿quién por fuerza o fuero lo sujeta? Yo vengo a él en un penoso duelo que con amarga sujeción me aprieta, a suplicalle que su brazo fuerte 970 a un tirano deshaga y le dé muerte.

Ponme con él y séme buen tercero, así jamás el yugo trabajoso oprima tu cervix, ni tu vaquero a ensangrentar tu piel sea poderoso; 975 así jamás te llague el duro acero encerrado en el coso riguroso,

y en pasto abundes siempre y agua clara,  
y seas señor de la deidad avara.»

Admiróse el novillo, y puso en ella 980  
(dejando el pasto) la ligera vista,  
y condolido de su tierno llanto,  
a su razón esta razón responde:

«La novedad del caso me suspende  
y la estrañeza de animal tan nuevo 985  
a mis ojos, y cierto que me ofende  
no poder acudir a lo que debo;  
ir a quien me demandas, que pretende  
tu estrecho menester, yo te lo apruebo  
por parecer discreto, en quien sin falta 990  
hallarás el remedio que te falta.

Al invencible Carrizal procuras,  
que es el más fuerte toro deste prado,  
y en la braveza tal, que no hay seguras  
fuerzas, ni fue con ellas sojuzgado; 995  
a éste contarás tus desventuras  
y no dudes que veas remediado  
tu afán, si en contra el mundo se opusiere,  
porque con él no hay más de lo que él quiere.»

Así dijo el novillo a la raposa, 1000  
poniéndose en camino entrambos juntos,  
por el yerboso prado, procurando  
al fuerte Carrizal, que a pocos pasos  
llegaron donde estaba, y el novillo  
a la raposa dice desta suerte: 1005

«En la presencia estás del poderoso  
y no vencido Carrizal, que es éste;  
despide el sobresalto pavoroso,  
que no te ayuda, ni hay de qué te preste  
Llega, y dile tu estado congojoso, 1010  
y entiende dél, que sin que afán te cueste  
negociarás con él, luego que entienda  
que buscas su favor que te defienda.»

Maravillóse la prudente zorra  
de la fuerte grandeza y del hermoso 1015  
color bayo y de la piel lustrosa,  
de la gruesa cerviz y torva frente  
cubierta en torno de crecido pelo  
(que a modo de corona la ceñía),  
que en cualquier movimiento le ondeaba 1020  
del recogido rostro y cortos cuernos,  
en igual proporción las corvas vueltas,  
no desigual en la hermosa vista  
que el otro toro robador de Europa.

Estando así suspensa, cobró esfuerzo, 1025  
porque el novillo se lo puso enfrente,  
y poniendo en el suelo ambas rodillas,  
con esta humilde voz hirió su oído:

«Si da tu permisión a mi bajeza,  
gran Carrizal, de ilustre y clara fama, 1030  
licencia, que refiera la braveza  
del afecto inhumano que me llama;  
éste me corta, y tiene en tal flaqueza,  
que con ser tal el ansia que me inflama,  
me pavorece imaginar que tengo 1035  
de mirarte y pedirte a lo que vengo.»

El fiero Carrizal alzó a este punto  
la barba, de tusar la fresca yerba,  
y viéndola postrada en su presencia  
mandóla levantar, y que dijese 1040  
la causa de venillo procurando;  
sin que le anude el frío temor la lengua,  
ella, con nuevo espíritu, propone:  
«Fácil cosa me fuera darte cuenta  
(habida tu licencia), del estraño 1045  
caso, que tantos daños representa  
nacidos todos de un altivo daño;  
éste desplace al cielo, y descontenta  
a la tierra, y le ofende el falso engaño  
de un arrogante can, que ardiendo en ira, 1050  
tiene formado un campo en Guadaira.

Su horrible intento es a dar la muerte  
al hidalgo linaje de los gatos,  
confiado que no hay potencia fuerte  
que no rindan sus grandes aparatos. 1055  
Los gatos, recelosos desta suerte,  
teniendo en todo los agüeros gratos,  
juntaron su poder, y a procurallos  
vinieron, a morir o refrenallos.

Esto ha de ser mediante el favor tuyo, 1060  
oh fuerte capitán, dando tu amparo  
a los gatos, que ven el poder suyo  
a la dispusión del gran Lautaro;  
de la memoria de quién es rehúyo,  
porque en braveza y en esfuerzo es raro, 1065  
de tal suerte, que dice altivamente  
que su ladrido rinde al más valiente.

Este loco blasón, y otros tan fieros  
dice, y con los afetos satisface,  
pues no hay en todo lo que ves vaqueros 1070  
que al río lleguen, que esto y más no hace.



Ayer hizo pedazos mil carneros,  
lo propio hace en tus reses si le place,  
que hoy mató tres novillos que llegaron  
al agua, y dos huyendo se ahogaron. 1075

Suplicante por mí, que tu grandeza  
muestres en deshacer este tirano,  
porque, en faltando al día la belleza  
que le da Apolo, y baje al mar oceano,  
ejecutando su bestial crueza 1080  
sobre nosotros con armada mano  
ha de venir a dar, y deste intento  
vendrá nuestro total asolamiento.»

Puso las manos, y arrasó los ojos  
de ardiente agua, dando mil suspiros, 1085  
mirando al fuerte Carrizal al rostro,  
a sus pies se tendió de largo a largo,  
que lleno de furor dio un gran bramido  
cavando el suelo con entrambos brazos,  
echándose la tierra por los lomos; 1090  
no quedó res, oyendo que bramaba,  
que al bramido espantoso no acudiese,  
y, en torno dél, aguardan qué les manda;  
y volviendo a bramar, mirando a todos,  
mandó a la zorra levantarse, y dice: 1095

«Aparejaos, amigos, y asolemos  
un fuerte can que nos ofende y daña,  
y en menosprecio nuestro lo tenemos  
con un formado ejército en campaña.  
Seguídrne, apriesa, apriesa, no aguardemos, 1100  
que probar quiero su braveza estraña,  
alabada de tantos, y temida  
más que la muerte y por su igual tenida.»

Diciendo esto, le mandó a la zorra  
que se fuese, y dijese en nombre suyo 1105  
a los suyos, que el miedo desechasen,  
que él iba de socorro a socorrellos  
con toda aquella fuerte compañía.  
Mandóle a Tarascón, el bravo toro,  
a quien dio Guadiana el primer pasto, 1110  
y a Rayo, el ferocísimo novillo  
(bisnieto delfamoso Caldereta,  
que en la plaza del Duque de Medina  
en Sevilla, dio muerte a tantos hombres,  
sin podello encerrar para corrello), 1115  
fuesen con ella, y libre de peligro  
la pusiesen en salvo con los suyos.

La zorra, con humilde reverencia,

se despidió de Carrizal, y en medio  
la cogieron los dos que la guardaban; 1120  
dando alegre principio a su camino  
iban el fértil prado atravesando,  
por donde andaba un oledor zorrero  
tras de su agudo aliento rastreando;  
dióle el de la raposa, y al momento 1125  
vino a dar donde estaba, y junto a ella  
con arrogancia dijo estas razones:

«Esta vez, madre zorra, iréis conmigo  
sin que os libren de mí vuestros engaños,  
aparejaos, seguid la vía que sigo 1130  
si no queréis probar mayores daños.»  
La zorra se rió, y le dijo: «amigo,  
¿ha que nos conocemos muchos años?  
Ese comedimiento le agradezca  
Lautaro, o a quien más que a mí apesca.» 1135

Enmudeció de cólora el zorrero  
y furioso arremetió a la zorra,  
mas el fuerte novillo, enfurecido  
bajó la barba y levantó la frente  
y cogiéndolo en medio de los cuernos 1140  
una gran pica y más lo arrojó en alto;  
quiso dalle otro bote, y desvióse  
por que en el duro suelo se estrellase,  
donde quedó tendido como muerto,  
echando roja sangre por la boca. 1145  
Rió la zorra, y con sus fuertes guardas  
a proseguir volvieron su camino,  
con tal cuidado, que a la presta vuelta  
con presurosa priesa los instaba  
y la honrosa ocasión les daba voces. 1150  
Llegaron al real de los amigos,  
que no poco cuidadosos aguardaban  
la vuelta de su amiga la raposa,  
y viéndola venir entre los toros  
llenos de admiración se suspendieron 1155  
mirándose y mirándolos turbados.

La zorra, conociendo el pavoroso  
espanto en que vía a todos, puesta en medio,  
larga cuenta les dio de su suceso,  
refiriendo por orden las razones 1160  
de Carrizal, y la promesa suya  
de venir en socorro, y destruille  
su mortal enemigo. Aquí alentaron  
los descaecidos ánimos, alzando  
con alegre placer confusas voces; 1165

mas el discreto Nusco, en medio puesto,  
sosegar hizo el alboroto, y dijo:

«Leales y magnánimos amigos  
enviados de aquel caudillo fuerte  
a corregir los fieros enemigos 1170  
que nos conturban y desean la muerte.  
¿A quién puedo hacer, si a vos testigos  
del bien que por vos canto en nuestra suerte,  
levantando la voz en vuestra gloria  
que haré eterna en la inmortal historia?» 1175

Oyendo esto, levantaron todos  
tan gran clamor, que el aire suspendían  
diciendo: «viva Carrizal, y sea  
entre los signos celestiales puesto.»

Con alegres semblantes, los dos toros 1180  
en oyendo estas últimas razones,  
agradecidos dellas, demandaron  
licencia, y despidiéndose de todos,  
a buscar su caudillo dieron vuelta,  
quedando todos disponiendo cosas 1185  
a la ocasión que aguardan convenientes.

Ya del golpe mortal volvió en su acuerdo  
el zorrero, y cayendo y levantando,  
y a veces arrastrando por el suelo,  
poco a poco a su campo se acercaba, 1190  
cuando marchando vio venir en orden  
a Carrizal, con toda su potencia,  
encaminando al campo de Lautaro;  
aquí con nueva turbación se yela,  
y como mejor pudo, aunque sin fuerzas, 1195  
por el amigo campo a grandes voces  
entró diciendo: «alarma, alarma, amigos,  
que nos viene buscando un gran contrario.»

Llenos de alteración, acuden todos  
a un ladrido que dio Lautaro, en viendo 1200  
el copioso ejército de toros  
que en orden circular venían cercándolo.  
Vino el valiente Tártaro el primero,  
dando ardientes gemidos de coraje,  
Charrazgo el islandés siguió sus pasos, 1205  
y tú, oh Canastel, no detuviste  
el presuroso curso a tu venida;  
Turco y Trabuco no tardaron punto,  
imitando a Galfarro y a Celucho,  
que a toda priesa fueron tras Moloso. 1210  
Nabuco y Tiburón, como dos sacres  
en ligereza, llegan a Lautaro,

que como iban llegando, los ponía  
en la vanguardia, y ya teniendo juntos  
de los perros de presa los famosos, 1215  
y aquella parte dellos reforzada,  
con el resto, cerró la retaguardia,  
cogiendo en medio lo de menos fuerza,  
y así dispuesto a Carrizal aguarda,  
que con medidos pasos se le acerca 1220  
hecho todo su campo media luna;  
ya que podían hablarse, el atrevido  
Baruquel rompió el orden, y saliendo  
de su hilera a donde el fuerte toro  
Tarifa estaba, llega y dice fiero: 1225  
«¿Qué nos queréis? ¿Qué nos venís buscando?  
¿Qué designos traéis contra nosotros?  
¿Qué guerra nos venís representando  
sin otra causa que querer vosotros?  
Volvéos, no queráis volver llorando, 1230  
y esto no lo hiciéramos con otros;  
y si no lo hacéis como os lo digo  
no tenéis que aguardar sino el castigo.»

Tarifa, ardiendo en vergonzosa ira  
de la loca arrogancia, dio un bramido, 1235  
y tras él, arremete con tal furia  
que cogiendo al can loco entre los cuernos,  
entre sus canes lo arrojó sin vida,  
dando con él a Tártaro tal golpe  
que sin sentido lo tendió en el suelo; 1240  
levantóse turbado, y como pudo  
arremetió a Chamorro, un toro hosco  
de los campos de Andévalo traído  
por el oculto Hado a dar la muerte  
a Tártaro, que asiéndole la parte 1245  
que le cubre la boca, el feroz toro  
se mejoró, cogiéndolo en un cuerno  
por la mitad del vientre, abriendo puerta  
a las rojas entrañas y a la muerte,  
que entró al mismo punto que salieron. 1250

Aquí Lautaro arremetió al novillo,  
que lo halló tan cerca que no pudo  
dejar de asirse dél, y forcejando,  
él por tenello, el toro por soltarse,  
ambos cayeron en el suelo juntos 1255  
sin largar de la presa el fuerte perro.  
Vuélvense a levantar, y dando vueltas  
a un cabo y otro el bético novillo  
lo despidió de sí, dándole un golpe

que le rompió un ijar, aunque al soslayo. 1260

A Carrizal le acometió Nabuco  
y hallólo tan cerca, que le pudo  
alcanzar con un brazo un solo golpe  
que le hizo pedazos la cabeza  
y lo tendió sin más poder moverse. 1265  
Turco venía asido de Bayoso,  
y Tarascón, asido como estaba,  
lo arrancó de la presa, atravesado  
por los pechos, rendido ya a la Muerte.

Los gatos, viendo ya la lid revuelta 1270  
acuden, y en los lomos de los toros  
se subían, y allí con pies y manos  
se agarraban hincándoles las uñas,  
que con aquel estímulo incitados  
en rabioso furor, hacían gran daño, 1275  
sin poder la contraria resistencia  
enfrenar su furor desenfrenado.  
Aquí rendiste, oh Canastel, la vida,  
entre los fuertes cuernos de Bayoso,  
y tú, Almanzor, en los del gran Jarama; 1280  
no te valió, brioso Mandricardo,  
tu ardiente orgullo ni tu fuerte presa,  
que en poder de Durango acabó todo;  
ni a ti, Zambo, valió ser diestro en armas,  
que Tarifa deshizo tu destreza 1285  
de un solo golpe que te dio en los pechos,  
por donde abrió que entrase en ti la Muerte.

Viendo Lautaro el gran destrozo y daño  
(que sin contraste) padecían los suyos,  
aulló y gimió tras esta voz llorosa: 1290

«A ti, gran can, que el reino tenebroso  
donde preside el justo Radamanto  
atruenas con ladrido temeroso  
y suspendes las almas en su llanto;  
a ti suplico en paso tan forzoso, 1295  
a ti en tan triste y mísero quebranto  
invocan mis gemidos si valieren  
contigo, y sus afetos te movieren.

Ay triste, que deliro en ver mis males,  
pues voy tan ciegamente procurando 1300  
remedio a mi valor entre infernales,  
y al Cancerbero piedad demando.  
Lautaro: ¿qué es de ti?, ¿cuatro animales  
te van de esfuerzo y de valor privando?  
Vuelve sobre ellos, vuelve, y cuando mueras 1305  
no mueres, pues perpetuo nombre esperas.»

No dijo más, y lleno de fiereza,  
dando aullidos y saltos de coraje  
con que a los suyos a lo propio incita,  
que no menos briosos aguardaban 1310  
que la ardiente batalla se rompiese,  
puestos en sus lugares sin moverse,  
Lautaro, andaba requiriendo a todos  
y llegó a la vanguardia y reforzóla.

Andando requiriendo las hileras, 1315  
poniendo a unos y quitando a otros,  
el novillo lo vio, y rompiendo el orden,  
dando bramidos lo venía llamando  
a la lid que dejaron comenzada.  
No rehusó Lautaro la pelea, 1320  
ni se detuvo punto en embestille  
por la siniestra parte, y el novillo  
con gran presteza revolvió la frente  
dándole un golpe, y otro, que no pudo  
hacer Lautaro presa, mas dio vuelta 1325  
al mismo instante por la diestra banda  
y quedóse colgado de la oreja;  
el fuerte Rayo revolvió furioso  
sobre aquel lado, y por mitad del vientre,  
por entre los redaños y asadura 1330  
rasgándose todo sin defensa,  
hasta la frente le escondió el un cuerno;  
volvióselo a sacar, y tras él junto  
salió el vital espíritu bramando,  
lleno de horror, envuelto con el aire, 1335  
desamparando el natural albergue;  
entregado quedó a la fría muerte  
tendido entre los pies de su contrario  
que teniéndolo allí, dijo en voz alta:  
«Pagado has tu arrogante desatino, 1340  
tu loco orgullo y tu atrevido intento;  
ya tienes el castigo justo y dino  
a tu vano y altivo pensamiento;  
puédeste gloriar, que fuiste dino  
que te privase yo el vital aliento, 1345  
que es el mayor honor que pudo darte  
tu suerte, cuando más quisiera honrarte.»

Dijo el valiente Rayo, y dio la vuelta.  
Los canes, viendo a su Lautaro muerto  
un espantable aullido levantaron, 1350  
y a sus contrarios arremeten fieros,  
dispuestos a vengallo o morir todos.  
Carrizal envió a que se juntasen

las dos puntas, y en medio los cogiesen  
para romper de hecho la batalla. 1355

Ya la ligera Fama había esparcido  
la nueva de la muerte de Lautaro,  
y llegado con ella a donde estaba  
recogida con guarda Tribugena,  
que en oyéndola, dando mil aullidos 1360  
sale despavorida a procurallo  
muerto, y junto con él, rendir la vida.

Como la vieron ir los que en su guarda  
mandados por Lautaro habían estado,  
certificados de su cierta muerte, 1365  
recelando la suya por su falta,  
Turco, un fiero mastín, así les dice:

«Faltando el fuerte defensor Lautaro,  
que era nuestro gobierno y nuestro muro,  
nuestras fuerzas acaban sin reparo, 1370  
y de nosotros perro no hay seguro.  
Paréceme en un riesgo que es tan claro  
(que a todos nos condena a un fin oscuro)  
no aguardemos, pues no hay a qué aguardemos  
muerto Lautaro, y muertos los que vemos. 1375

Nosotros no venimos procurando  
guerra con tan valientes animales  
que nos van destruyendo y apocando,  
sin hallar fuerzas que les sean iguales.  
La casta Muracinda y su vil bando 1380  
nos trujo a ejecutar sangrientos males  
en cuantos fuesen della, y pues la suerte  
se nos trocó, huigamos de la muerte.»

De todos fue aprobado el buen consejo  
que les dio Turco, y con veloz carrera, 1385  
como si a cada uno le pegaran  
un ardiente cohete, así huyeron  
por el abierto llano de Tablada.

Tribugena, entre muertos y contrarios  
buscando andaba a su querido tío, 1390  
hecha otra Guacolda en procurallo  
sin dar reposo a la mortal fatiga  
ni a su cuidado hervoroso, espacio,  
acompañado de mortales ansias  
que la traían sin tomar aliento; 1395  
mil vueltas dando en torno por el campo,  
la diligencia le cumplió el deseo  
y la puso con él, donde en llegando  
se arrojó sobre el cuerpo dando aullidos  
envueltos en gemidos mal formados 1400

y con el muerto se quedó abrazada,  
traspuesta del ardiente sentimiento.

Ya a este punto los airados canes  
revueltos con los toros animosos,  
trabados todos en cruel batalla, 1405  
andaban en sosiego unos y otros.

Murcilo vido estar a Tribugena  
gimiendo encima de su muerto tío;  
llamó a Granifo, a Tinelario, y Nicus,  
a Turil, Perindongo, y Marramao, 1410  
que decendiesen de las reses todos  
y la prendiesen, y al real llevasen  
por el trofeo de mayor estima  
que podían llevar de sus contrarios.

Al punto que fue dellos acordado, 1415  
al mismo lo pusieron en efeto,  
y todos juntos se agarraron della,  
y sin dalle lugar, ni oír voz suya,  
sobre sus hombros sin tocar al suelo  
la llevaron a Nusco y la raposa, 1420  
que luego la amarraron fuertemente,  
y a la cola la ataron de un becerro,  
que Perindongo le saltó en los lomos,  
que lastimado de las fuertes uñas  
disparó berreando, dando saltos, 1425  
a la cola llevando a Tribugena  
que a pocos pasos hecha fue pedazos,  
que sembrándolos iba por el campo  
entre los canes y los fuertes toros  
que en su batalla andaban encendidos. 1430

Ya se habían juntado las dos puntas  
como les fue de Carrizal mandado,  
encerrando en un círculo los canes,  
que en viéndose en aquel estrecho apremio  
aullaron todos, conociendo claro 1435  
su perdición, si no rompían por ellos,  
abriendo el paso estrecho que los cierra,  
vuelven la retaguardia y arremeten.  
Grifo el primero fue que embistió a Búcar  
y le asió de la cuenca del un ojo, 1440  
dejándole lugar para alcanzalle  
un golpe que le abrió todos los pechos,  
y entre sus pies pisándolo, dio el alma.

El confuso escuadrón viene gritando  
aprieta, unos a otros impeliendo 1445  
embisten con los toros, y ellos, fieros,  
dan en ellos haciendo gran matanza.



Aquí, oh Burón, te despojó de vida  
el fiero Algaba, y tú, Vaivén, dejaste  
entre los cuernos de Zaudín la tuya; 1450  
aquí acabó, Lobuno, tu braveza,  
y la tuya, Africano, y tú, Maluco  
sin poder defenderte de Montano  
hecho pedazos de sus cuernos fuiste.

Por todas partes el clamor resuena 1455  
mayor que tempestad de terremoto;  
unos gimiendo, que las vidas dejan,  
otros bramando, que las vidas quitan.

Oyendo Carrizal los espantosos  
bramidos de los suyos, y los flacos 1460  
aullidos de los canes, dio un bramido  
diciendo: «amigos, la sazón es esta  
de romper estos flacos enemigos.  
¡A ellos!». Y rompió por la vanguardia  
desbaratando el orden que tenía. 1465  
Acudieron sobre él a resistillo  
gran número de canes animosos,  
que con rabioso ardor lo amenazaban;  
no pudiendo sufrillos ni aguardallos  
en medio dellos se abalanza fiero, 1470  
y del golpe primero en ambos cuernos  
se levantó a Melampo y a Turindo,  
al uno atravesado por los pechos  
y al otro por mitad de los ijares;  
fue dando en ellos y arrojando canes 1475  
que volando los vían por el aire  
tan altos, que llegaban casi a verse  
con el celeste Can que está en la Esfera,  
y algunos del calor volvían quemados.  
Esparcía a los unos y a los otros, 1480  
de la suerte que en Misia revolviendo  
la seca parva, el Labrador levanta  
la paja, que del grano aparta el viento;  
no de otra suerte, el invencible toro  
iba esparciendo por el aire canes, 1485  
que temerosos ya no le aguardaban  
y aullando se le iban retrayendo,  
derribadas las colas de desmayo  
entre las piernas, evidencia clara  
del temor que rendidos los tenía. 1490

Tarifa, por un lado dio tras ellos,  
por él, dando a los suyos libre paso.

Furor, desbarató una gruesa escuadra  
que para resistillo la formaron.

Carrizal, derribando y dando muertes, 1495  
por cima de los muertos y heridos  
sin defensa llegó a la retaguardia  
seguido de los suyos, y en llegando,  
a los pocos contrarios que quedaban  
acabaron, cantando la vitoria 1500  
por el valiente Carrizal a voces,  
que las estremidades las volvían,  
de Carrizal el nombre repitiendo.

Sus amigos, ante él arrodillados  
celebrando el alegre vencimiento, 1505  
al fuerte capitán y a todo el campo  
daban las gracias con clamores altos.

Nusco llegó con la factal raposa,  
y habiéndose humillado en su presencia  
se levantaron, y en la llana frente 1510  
una bella guirnalda le aplicaron  
que por entrambos cuernos la ciñeron.

Deste honor, Carrizal, agradecido  
lo sinifica con semblante alegre  
y se lo alaba con razones graves. 1515  
Pusieron fin a tantos cumplimientos,  
demandando licencia para irse;  
los unos de los otros se despiden.

Carrizal, con los suyos, se fue al prado.  
Los vitoriosos gatos, donde estaban 1520  
sus muertos enemigos, a quitalles  
los bélicos despojos que tuviesen;  
hallaron adornados de collares  
algunos, y quitándolos a todos,  
manifestaban su vitoria en ellos. 1525

Cortáronle a Lautaro la cabeza,  
pusieronla en un asta por trofeo  
y un collar de veneras que traía.  
Con esto dieron tras de Nusco vuelta  
para pasar el Betis, que ya estaba 1530  
congelado, de modo que pudieron  
a las faldas llegar de Asnalfarache,  
de donde comenzaron su camino  
la Vega atravesando y a Triana.  
Llegaron a la cumbre de Tornares, 1535  
donde el sepulcro hecho a Muracinda  
levantaron, cercándolo de astas,  
en sus puntas poniendo los collares.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

